

BN
RD861.42
G526L

VALENTIN GIRÓ

LA LEYENDA
DEL
PÁJARO AZUL

POEMA MÍSTICO



EDITORA MONTALVO
CIUDAD TRUJILLO, R. D.
1 9 4 8



OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Clemente. Poema.

Oda a Lindberg.

Al Niágara.

Jacinto Dionisio Flores. Poema.

Sinfonía Heroica.

PROXIMA A PUBLICAR:

Poema de Otoño.

Para el querido e inol-
vidable Maestro don
Tedi, ce su discípulo

Naturt Qui
Jan P. de Macor.

0328



028

VALENTIN GIRÓ

LA LEYENDA
DEL
PÁJARO AZUL

POEMA MÍSTICO



EDITORA MONTALVO
CIUDAD TRUJILLO, R. D.
1 9 4 8



LA LEYENDA DEL PÁJARO AZUL

BV
R0861.42
E5266
211

Valentin Giró, aquel que a poco de iniciar la carrera poética hizo más flexible y grácil —más moderna— la modalidad de la poesía dominicana con el reflejo, aquí de excepción, del movimiento MODERNISTA; el autor del espléndido poema AL NIAGARA, de tónica sonora y fuerte; el bardo sugere, transparente y fino de EL ATARDECER DEL SATIRO; el que ya una vez nos habló de Jesús, insiste ahora, y nos regala con la LEYENDA DEL PAJARO AZUL, hechizo de candor y de esa amable gracia tan difícil, por ser suma de condiciones positivas que lo mismo rechaza lo acre, lo duro y lo vulgar, que se aparta del dulzor que empalaga y que al fin se aborrece.

El embeleso que nos causa esta leyenda mística acaso puede compararse al que provoca la música

027703



divinamente cristalina y diáfana de Mozart, quien, como nuestro poeta, se acerca al Santo de la Umbria, al que tuvo aquella sin par pureza que lo condujo hasta el éxtasis amoroso por la hermana agua y por la madre tierra. Voces y armonías discretas sirven a estos creadores para verter la concepción sublime.

En LA LEYENDA DEL PAJARO AZUL, de Valentín Giró, no son ciertamente las palabras, ni siquiera la forma, que con materiales comunes consigue levantar, los máximos recursos. La belleza de la obra vive más adentro, late en el brote admirable del pensamiento que corre sin tropiezos, sin rebuscas retóricas, por un camino llano y limpio de abrojos, apacible, encendido de claridades internas.

No sé qué misterioso hálito se desprende de esta leyenda que nos consuela, que nos alegra con alegría bienhechora, con esa alegría que se ha di-

cho que es la santidad. El autor la llama "mística" y yo la hubiera llamado "sencilla". La sencillez, en el alma ya madura de saber, de conocer y de sufrir, es posterior, es consecuencia de anteriores elevaciones místicas. Quien pudo empinarse, quien subió y se remontó a las regiones inesfables donde la carne, ya vencida, no alcanza a aprisionarnos con ataduras de muerte, sólo ese, al retornar transfigurado, será sencillo, cándido con candidez de amor; sólo ese retornará, como Valentin Giró, maduro ya de saber, de conocer y de sufrir, a la inocencia. Aunque el momento místico supere en fulgor y maravilla, aunque su resplandor ciegue los ojos habituados a no posarse sino en lo que hoy es para morir mañana, aunque el arrebató místico más que ninguna otra cosa nos seduzca y en su goce repitamos con deleite sumo: "bueno es estarnos aquí", es lo cierto que hay otro estado más perfecto y que le sucede en beatífica ascensión: es el despojo en completo desa-

simiento, es la desnudez de espíritu, es LA SENCILLEZ EN LA VERDAD. La sencillez en la verdad: la que dejó de necesitar superfluidades, la que abandonó adornos innecesarios, porque hace tiempo que descendió del monte que la transformó en luz, en la luz que alumbra el lugar recóndito.

El retorno sosegado, la madurez que no necesita buscar vocablos ni formas que sorprendan; la sencillez que no es pobreza ni limitación, sino plenitud, no andará en acecho de nuevos encuentros, de hallazgos que estimulen el apetito sensible de los lectores. Proseguirá el camino en serenidad, en claridad, en plena luz, como quien reconoce sin jactancia, con eucarística emoción, que es dueño para siempre de él.

Así han retornado todos los que subieron hasta la belleza pura; así vemos a Rodó: filósofo, erudito, cincelador del lenguaje difícil y académico, confesarse niño al fin de la carrera, cuando sentía el

nuevo arrobo de los cuentos de Perrault.... No tenía por qué lamentar que la juventud, siempre al borde de extremos y pecados, se retirara de él; no tenía por qué gemir si después de tanto saber, de tanto conocer, y quizá de tanto sufrir, regresaba a la infancia espiritual que, como la vive en su bellísima leyenda Valentín Giró, es INOCENCIA por la superación y la pureza, y es MADUREZ por el pensamiento que, en temblor de anhelo, agoniza por el ideal.

FLÉRIDA DE NOLASCO.

Ciudad Trujillo, 30 de Noviembre de 1947.

PRIMERA PARTE

EXHIBIT PART I

Flotaba una dulzura melodiosa
en el soplo del aire, y de la etérea
concauidad, caía
la luz llena de tanta transparencia
que al perfilar las cosas proclamaba
el bello reino de la primavera
con su manto floral y su reparto
de verdes risas y fragancias tiernas,
cuando sintióse un vuelo, y de improviso,
como una alada gema,
vióse un pájaro azul que en el alero
de la rosada casa de Gilena
se escondió silencioso y esperando
sentir los pasos de la virgen dueña.

Traíale un mensaje misterioso
en el pico carmín, una promesa,



una ardiente efusión que llegaría
furtivamente hasta las manos de ella.

Mas, de pronto, sintió unos leves pasos
y súbito voló. Por la entreabierta
persiana, suavemente,
dejó caer la esquila
y rápido perdióse en el espacio
sin dejar tras de sí ninguna huella.

Cilena abrió la blanca celosía
de par en par y recogió la esquila,
y lanzó la mirada indagadora
a todo el largo de la calle estrecha
buscando al portador de aquel mensaje
que con tal discreción llegó hasta ella.
Y a nadie vió. Entonces, contemplando
los trazos regulares de las letras
que, una a una, con perfiles diestros,
prendían su hermosura en la cubierta,

quiso saber de dónde procedía
y abrió la blanca esquila

Y la leyó. ¡Qué música de ensueño
latía en cada frase! Era un poema,
un himno de inspirada melodía,
una oración de adoración perpetua
que arraigaba en la vida
y se perdía entre espirales bellas
más allá de los astros,
en el confín de la armonía eterna.
Y todo, todo en ella se envolvía
en un rosal de místicas promesas.
Y era tan decidor y persuasivo
el fraseo de amor vertido en ella
que el metal más compacto trocaría
en sensitiva perla.

Y la virgen pensó: “¿Qué recatado
ser llegar pudo y verla,

tal vez en su jardín flores sembrando
o en oración en la cercana iglesia?

“¿Dónde y cuándo eso fue?” No recordaba
ocasión que pudiera
haberla presentado ante los ojos
de extraños seres porque nunca ella
rebasó los contornos de su casa
distante, pocos pasos, de la iglesia.

Y así, entre una red de interrogantes
se perdía Cilena
cuando sintió unos pasos vacilantes
subiendo los peldaños de la puerta.

“Será él?” —pensó al punto—
Y quiso ver quién era
y se acercó. Era un viejo trotamundos
con una manta azul, como él tan vieja:
tenía unas sandalias, y el cabello

como el ala de un cisne. Se dijera
al mirar su figura indefinible
que en él se contenían superpuestas
muchas edades idas,
muchas historias muertas,
y todos los residuos embrujados
de un ayer de leyendas.
Infundía atracciones seductivas,
y en sus ojos había la terneza
de una luz tan seráfica, que daba
la sensación de una bondad inmensa.

Cilena estaba hermosecando el vano
de la nevada puerta
cuando el viejo la dijo: "Sois, acaso,
la sustancia divina que alimenta
con sus saturaciones estelares
la mística leyenda
del pájaro azul? Cándida, hermosa,

pudivunda y risueña
como el botón al desgajarse en rosa,
sois, graciosa beldad, tal como aquella.
Tan semejante sois en ser y espíritu
que está vuestra presencia
reviviéndola en todo”.

Y entonces la doncella,
rendida ante la magia del discurso,
prestó al elogio una sonrisa ingenua,
y le dijo: “Contadme, si eso os place,
la mística leyenda
en que soy semejante a la heroína
que hermosea el poema.
Pero primero entrad, esta es mi casa
que también es la vuestra”.

El viejo entró, y en un sillón de roble
asentó su figura pordiosera.
Agua pidió, y le sirvió una copa

con un fresco dulzor de miel de abejas
de la cual apuró unos largos sorbos:
y alargando la mano hacia una mesa,
dejó la copa y comenzó el relato
con voz clara y serena:

“Cuando Jesús, sangrante, desolado
bajo la angustia inmensa
del dolor del martirio, sobre el pecho
doblegó, moribundo, la cabeza,
hubo un soldado que empuñó su lanza,
y con ruda vehemencia
en un costado se la hundió, de donde
saltó un racimo de rosadas cuentas.

“Después, tranquilamente, entró en su casa
y dejó en un rincón el arma cruenta.

Y aconteció un milagro
que hasta entonces jamás los ojos vieran:

Cuando alboreó la luz del nuevo día,
en la punta sangrienta
de la lanza, brilló un lucero de oro;
y encima, rara joya de belleza
que estremeció de asombro las miradas.
Lleno de majestad, el ala abierta,
y en súbito temblor alzando el vuelo
se vió el pájaro azul de la leyenda
que voló como esquife venturoso
y atravesó la inmensidad serena,
y ascendiendo perdióse dulcemente
en el reinado azul de las estrellas.

“Tiene hasta aquí —significó el anciano—
una corriente clara esta leyenda
cuyo punto inicial de puro cauce
el Evangelio de San Juan sustenta.

Y Cilena, de pronto, emocionada
ante la novedad de la leyenda,

y viendo que el relato enmudecía
cuando más bello y seductivo era,

“¿Y lo demás? ¿Qué sigue?”
—interrogó con la ansiedad que espera
hallar que se desprenda del relato
un final de dulcísimas promesas—.

“Seguid, seguid vuestra preciosa historia
que a tanta altura mística se eleva
para bajar en una ardiente chispa
que reanima el calor de mis creencias”.

Y el viejo, removiéndose en su asiento,
se miró en las pupilas de Cilena;
y después de un brevísimo silencio
le contestó: “Os diré lo que se cuenta.

“Pero tened cuidado,
lirio puro aromado de inocencia,
de no rendiros a esta fantasía

que el ocio solo inventa
para perturbaciones de las almas
sensitivas e ingenuas.

Escuchadla tan sólo,
y olvidadla después como quien deja
al borde de la mar que se rebosa
un escrito en la arena”.

“Oh, no temáis —le replicó la joven—
¡La fantasía, a veces, nos compensa
de tantas ansiedades imposibles
que cada quien dentro del alma lleva!

“No hay mejor medicina
para el triste pesar que nos asedia,
cuando se nos mutila una esperanza,
que una póstima grata de quimera.

“De esa que nuestras ansias
por mundos invisibles nos pasea

solícitas de hallar en el misterio
la gracia espiritual que las sostenga.

“El tesoro más bello que en la mente
del hombre, Dios pusiera,
es el de fantasear: crear lo ignoto
que a su misma grandeza nos acerca.

“Crear, como Jesús, una utopía
en que al conjuro de una vida nueva
los lindes de lo tuyo y de lo mío
en un sueño fugaz se desvanezcan;

“Crear un néctar de embriaguez que al labio
por una vía misteriosa llega;
crear una fragancia de ambrosía
que el corazón en éxtasis nos deja:

“Y mirar con los ojos del espíritu
paisajes que embelesan,
y en una nube recorrer los aires
sin cruzar el dintel de nuestra puerta.

“¿No es algo prodigioso
que sobre el universo nos eleva
y la clave nos da de los dominios
que sólo con sus alas se penetran?

“¡Desdichado el mortal que nunca tuvo
el soplo embrujador de la quimera,
de esa ráfaga audaz con cuyo aliento
la mente un mundo de esperanzas creal

“Así, nada os inquiete,
y seguid, como sea,
el curso misterioso
por donde se deslice la leyenda
que si el comienzo místico seduce
dará el final una emoción espléndida”.

Y el viejo respondió tímidamente:
“Diré lo que se cuenta:

“La puntiaguda lanza
que hirió a Jesús, con la vehemencia extrema

que desgarró las carnes moribundas
extrajo de sus venas
el germen luminoso que el engendro
fué del pájaro azul de la leyenda:

“Ese lucero de oro
que en la punta sangrienta
de la lanza brilló, era ese germen.
Pero el arma, al hundirse entre las venas,
llena estaba de herrumbre que al instante
maculó de impureza
el germen luminoso que engendrara
a ese pájaro azul de la leyenda.

“Se le ha visto subir hasta perderse
en el reinado azul de las estrellas.
Y dicen que le han visto
retornar a la tierra.
Llegar no pudo al reino de los cielos

porque abrigaba rastros de impureza
que al macular su sangre
manchó también su divinal esencia.

“Y retornaba al mundo
porque sólo en la tierra,
entre las ondas de un amor castísimo
saturado de aromas de inocencia,
purgar podría su contacto innoble
con la ruindad fatal de la materia,
y así volver immaculado y bello
a los jardines de la gracia eterna”.

El viejo hizo una pausa;
se alisó la blanquísima melena;
tomó el último sorbo de la copa,
y le siguió narrando a la doncella:

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

“Lo que sigue después, son inducciones derivadas de algunas sugerencias que se han ido enlazando hasta llevarnos al hilo conductor de esta leyenda.

“Veréis cómo los hechos sucesivos fueron eslabonando una cadena con tan precisos datos que de pronto la perdida ilación vuelve y se encuentra.

“Apareció en la fronda de una campiña ubérrima, una hacienda tan cuidadosamente cultivada que pareció invención de algún poeta.

“Aguadas abundantes, ricos pastos salpicados de frescas arboledas, y una breve colina en cuyo lomo

se alzaba una magnífica vivienda,
constituían la heredad. Ninguno
vió su edificación. Y se dijera
que un brujo enigma, un mágico proceso
fué lo que alzó tan singular hacienda.

“Hubo un gran rey, que ansiando
maravillar con su grandeza regia,
hizo tumbar, en una noche, un monte,
que al alba, lagos y jardines era.

“¿Flotó sobre la fronda
el alma del gran rey? ¿Qué providencia
anduvo maquinando en lo impalpable
este derramamiento de riqueza?

“Mas, dése lo recóndito al misterio;
a la fe ciega, su inmortal creencia;
a la ilusión, sus irizados vuelos,
y a la razón su concreción de ideas,

“Y volvamos de nuevo
los ojos a la hacienda;

y miremos las manos afanosas
en abrir surcos y abreviar las bestias.

“Y veréis allí un joven musculoso
de amplias espaldas y de tez trigueña
que era la voz que dominaba el predio,
y era el señor de la heredad aquella.

¿De qué sitio llegó? ¡No se sabía!
¿Cómo aquello adquirió? ¡Qué nadie quiera
descifrar un enigma que cabalga
en el anca fugaz de la leyenda!

“Pero allí todo andaba enamorando
el corazón con su riqueza espléndida:
y abriéndole el anhelo al que pasaba
de una heredad alzar tal como aquella.

“Mas, en la vida, a veces, de repente
se insinúa una mínima incidencia,

y un proceso feliz en armonía
lo desentona y en fatal lo trueca.

“Llega lo inesperado,
y llega con la cara placentera,
y después, lo que un sueño parecía,
lo viste de tragedia....

“Sucedió que una tarde, del rebaño
se le extravió al señor su blanca oveja:
y buscándola anduvo la llanura,
los montes y veredas.

“Y caminando así, llegó a los límites
de una vecina hacienda,
tejidos de espadañas,
cubiertos de floridas madre selvas.

“Y halló, buscando inquieto,
la entrada de la hacienda,
y allí vió: masticando,
a la perdida oveja,
y detrás, con la límpida mirada

fija en la dulce bestia,
una joven albar, dorada y pulcra
como entre un lirio una risueña estrella.

“Mas ella puso en él los claros ojos
y el móvil comprendió de su presencia:
“Buscáis —dijo la joven—
vuestra preciosa oveja.
Venís por lo que es vuestro;
halló franca la puerta,
entró y ya véis como aprovecha el tiempo
devorando la yerba”.

“Y él se quedó embobado:
se le extravió la lengua,
y solamente pudo
despedirse llevándose la oveja.

“Y después de unos pasos
quiso volver hacia la joven bella;
quiso excusarse y quiso revelarle....
—¡qué le diría que ella no entreviera!—

Pero no osó volver; miedo tenía
de temblar otra vez a su presencia;
miedo de que de pronto se le atara
de confusión la lengua,
de aparecer ante tan linda joven
como si fuese un rústico cualquiera.

“Y así, al anochecer, llegó a los lindes
de su espléndida hacienda.

“Y después.... ¿Quién ignora
lo que reclama esa ansiedad suprema,
esa celeste cosa,
ese armonioso enjambre de cadencias
que nombramos amor? Punzante anhelo
de alcanzarla y tenerla;
de compactarse en única fragancia
con un ser de azucena,
y deponer, para alcanzar tal gloria,
su timidez ingenua,
fué su ardiente obsesión, el nuevo empeño
que lo encausó hacia una vida nueva.

“Así, a su ademán irresoluto
le infiltró sacudidas de vehemencia;
cultivó su lenguaje con esmero,
salió a buscarla, y se encontró con ella.

“Y hablaron. Y los dos se comprendieron
con claras frases y expresiones tiernas,
y concluyó el encuentro entre zuzorros
de una nupcial promesa.

“Y el poema amoroso lo aromaron
con auras de violetas,
yendo por la campiña mano a mano
bebiendo espirituales sutilezas,
sin que el más leve asomo de inquietudes
la encantación idílica ofendiera.

“Y en su ferviente afán, nunca supieron
que también en la hacienda
un corazón vibrante palpitaba
de amor por la doncella,
y jamás lo insinuó. Tan sólo, a veces,

romper quería la secreta cárcel,
en una dulce flecha
que volara, rozara sus oídos,
y su angustia mortal le transmitiera.
Mas nunca osó.

¿Su condición de siervo
era dura cadena
que lo ataba al tiránico suplicio
de ver la fruta, ansiarla, y no cojerla?

“Tal vez, tal vez. Pero el precioso idilio
seguía, entre las blandas complacencias
de los progenitores de la novia,
la senda azul de la nupcial promesa.

“Y fué una noche azul en que los duendes
con sus verdes, brevísimas linternas,
cifran sus telegramas enigmáticos
en el silencio negro de la selva,
que la joven pareja enamorada
tomó el amplio camino de la iglesia

seguidos de un cortejo luminoso
como la riente cauda de un cometa.

“Y pisaba ya el pórtico del templo
llena de encanto la nupcial pareja,
cuando se desplomó súbito el novio
bajo el filo glacial de una saeta.

“¿Quién la lanzó? Pensad, pensad un poco.
Medid de la pasión la honda vehemencia
y veréis esa mano que en la sombra
distiende el arco y lanza la saeta

“Pero volved al novio la mirada
y ved lo que en sus labios se condensa
en un destello fúlgido; y encima
se vió el pájaro azul de la leyenda
que alzando el vuelo se meció en el aire
y se perdió en la selva.

“Y la novia, extraviada,
en la desolación de la tragedia,

huyó con una fuga de locura
y en la sombra se hundió de la floresta”.

El viejo se detuvo
con los ojos en vaga somnolencia.

“Pero ¿qué más? —interrogó la joven—
“¿Toda la historia es esa?
“Es toda y nada más —dijo el anciano—
Sí se sabe que el pájaro aún espera
su integral redención, sobre una cumbre
coronada de nieblas,
a donde sólo suben impolutas
emanaciones dulces de la tierra,
y a donde baja, con rosales de oro,
la beatífica luz de las estrellas”.

TERCERA PARTE

TERESA PABLO

Y así acabó el relato. Pensativa,
en hondo arcano, se quedó Cilena,
como si de su ser las vibraciones
en un raptó fugaz se desprendieran.

Entonces asomó la bella tarde
y se entreabrió como un jardín de hortensias
en la discreta sala. Pero a poco
negra la noche, entre silencio envuelta,
entró en la casa y la llenó de sombras.

Como ilusión risueña,
su cristalina lámpara
iluminó Cilena,
que salió y trajo un plato
de unas viandas ligeras
que el viejo recibió, e iba mordiéndolo
y masticando apenas;
y masticando se quedó dormido
doblando, blandamente, la cabeza.

Y al verlo tan rendido de cansancio
ella, tan dulce, frágil y discreta,
se alejó de la sala
con un desliz de garza sobre felpas.

Pero el viejo, parándose de pronto,
llamó a la joven dueña:
se despidió, ganó la estrecha calle
y se hundió en las tinieblas
seguido de la límpida mirada
de la virgen, que tuvo la sorpresa
de ver la vieja manta iluminarse
en llama azul que le aclaró la senda.

Y con esta visión en la mirada
cerró su blanca puerta;
y entre divagaciones suspendida,
sintió precipitársele en las venas
el dulzor de una música seráfica
que la llenó de rítmicas ternezas.

Y recordó la carta
que sin saber de donde recibiera,

ni quién sobre sus páginas de armiño
derramara un primor de rosas frescas.

Y un monólogo súbito
en sus fragantes labios se despierta:
“¿El vendrá a visitarme? ¿Dónde y cuándo
me vió? ¿Sobre el camino de la Iglesia?
¡Tal vez entre las flores de mi carmen
en mudo dialogar con mis camelias!

“Cuando me vió, ¿qué le parecería?
¿Una joven esbelta
capaz de encadenar los corazones
y arrastrarlos a olímpicas proezas?”

Y a su mente otras tantas dulcedumbres,
—pan femenino de vanidad ingenua—
llegaron, descendieron a los labios,
y allí quedaron como flores muertas.

Pero de pronto le asaltaron ansias
de ser, de ese invisible amor, la reina,
la novia inmaculada
en la nupcial y venturosa fiesta.



Y de su armario removió los tramos;
encontró un velo diáfano se seda,
un niveo traje, un ramo de jazmines,
y se atavió como una novia regia.

Y así, casta, apagó las leves luces,
y se acostó en su lecho, con la espera
de ver llegar al despuntar el día
el ansiado galán de la alba esquila.

¿Soñó la enamorada prometida?
¿Vino entre sueños el galán a verla?
¿En el dulzor del sueño confundidos
la senda hallaron de la dicha eterna?

Sintiéronse en la calma de la noche
un ténue abanicar como de abejas;
un aletear dulcísimo de besos;
un subir y bajar de aladas quejas;
una lenta romanza de palomas;
un suiseñor que desató una endecha;
un surtidor que desgajóse en risa
con un gorgear de perlas.

Y se vió sobre el césped fulgurante
levantarse de súbito una niebla
que erró como una virgen soñadora
bajó la nieve de la luna llena,
mientras los limoneros sacudían
su florido caudal sobre la senda.

Y se oyó tintinando sobre el aire
como un fino cristal que se rompiera.
Y unida esa armonía a la armonía
de tanta nota persuasiva y tierna,
de tanta insinuación epitalámica
hecha candor y perfumada esencia,
dijérase que todo entretejía
un mundo de nupciales confidencias.

Y cuando sobre el monte, la alborada
encendió su linterna,
y caminando suave y sonrosada
tocaba los umbrales de Cilena,
apareció en menudas cifras blancas
este escrito en la puerta:

NO ESTÁ LA JOVEN DUEÑA DE LA CASA
NI SE PODRÁ SABER DÓNDE SE ENCUENTRA.

Y no ha vuelto jamás. Y se asegura
que eternamente durará su ausencia.

Pero en las noches diáfanas
que la luz blanca de la luna llena
esfumina las cosas terrenales
para que un soplo espiritual parezcan,
y el alma sensitiva
en sutiles oídos se concentra
y los más leves ritmos
de los hondos arcanos interpreta,
se adivina, se escucha, se sustancia,
corre flotando y los espacios llena,
como un vívido salmo de esperanza,
como el zuzurro de una madre tierna,
como una voz seráfica
con el preludio de una buena nueva
que reanima el fervor de los mortales
que aun van sobre la tierra
sedientos de ideal y de infinito:
TRAS DEL PÁJARO AZUL SE FUÉ CILENA.

**SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS DE
VIRGILIO MONTALVO, EN CIUDAD
TRUJILLO, REPÚBLICA DOMINICANA,
EL DÍA 6 DE FEBRERO DE 1948.**

